

Crónica
de **Córdoba**
y sus Pueblos

XI



Córdoba, 2005

Ilustre Asociación Provincial Cordobesa de Cronistas Oficiales

de Crónica
Córdoba
y sus Pueblos

Ilustre Asociación Provincial Cordobesa de Cronistas Oficiales

Servicio de Publicaciones CajaSur y Servicio
de Publicaciones de la Diputación de Córdoba

Córdoba, 2005



Iltre. Asociación Provincial Cordobesa de Cronistas Oficiales

Crónica de Córdoba y sus Pueblos, XI

Consejo de Redacción

Coordinadores

José Antonio Morena López
Miguel Ventura Gracia

Vocales

Enrique Garramiola Prieto
José Lucena LLamas
Juan Gregorio Nevado Calero
Pablo Moyano LLamas

Edita: Iltre. Asociación Provincial Cordobesa de Cronistas Oficiales

Foto Portada: *El Carpio en el siglo XVII, según Pier María Baldi (detalle).*

Imprime: Ediciones Gráficas Vistalegre
C/. Ingeniero Ribera, s/n. (Pol. Ind. Amargacena)
14013 Córdoba

ISSN: 1577-3418

Depósito Legal: Co-162-06

Los siete niños de Écija

Francisco Tubío Adame
Cronista Oficial de Fuente Palmera

A mi Luis Alberto, primer Tubío de este tercer milenio

Sierra Morena, región absolutamente inculta desde hace varios siglos, aún no había sido atravesada a no ser temblando hace algunos años. El asustado viajero marchaba por allí en medio de precipicios, y corría a cada paso el riesgo de ser presa de los bandoleros o de feroces animales. De esta manera, describía su paso por las Colonias de la Sierra el barón von Schlözer en 1778. Esta sierra fue durante mucho tiempo perdedero de bandidos, salteadores, cuatros y contrabandistas, donde encontraban refugio seguro contra los agentes de la Ley. Algunos de estos bandidos llegan a hacerse célebres por sus andanzas. Destacan entre ellos, los llamados “Siete Niños de Écija”, de los que se pensó que eran inmortales porque a pesar de sus bajas siempre eran siete, ni uno más ni uno menos.

Las actividades de los “Siete Niños de Écija”, nacen crecen y se extinguen en el periodo comprendido entre los años de 1812 a 1818. Su campo de acción se centra principalmente en la carretera general de Andalucía, y más concretamente entre Córdoba y Sevilla. Su refugio constante y seguro es Sierra Morena. Habilísimos, rápidos y astutos, se mueven sin



Barón von Schlözer

cesar de Osuna a Lora y de Écija a Carmona, sembrando el terror en las gentes por la audacia de sus ataques.

Su fama arranca con el audaz desvalijamiento de un convoy en el término de La Carlota, que cuesta la vida a algunos migueletes. A partir de éste, los robos en las ventas y los asaltos a las diligencias son constantes. Si la dureza que emplean con los viajeros adquiere, a veces, caracteres de extrema crueldad, no lo

son menos los procedimientos de que se valen, para evitar las pesquisas de quienes les persiguen. Sin la menor piedad apalean a los pastores, campesinos y leñadores, amenazándoles de muerte en el caso de que den la menor noticia de sus pasos. Tan amenazados llegan a tenerlos que cuando algún miembro de la partida se extravía, le resulta costoso dar con el paradero de sus compañeros, porque ninguno de los preguntados se atreve a informarle. En muchos pueblos y ciudades cuentan con confidentes que unas veces por miedo y las más por dinero, les tienen informados de cuanto les interesa.



Pareja Serrana andaluza, dibujo de Duré

Pablo de Aroca fue su primer jefe. Lo que no sabemos es por qué se le ocurrió formarla con el número cabalístico de siete. El caso es que durante los primeros años, éste persistió y fue rigurosamente mantenido. Tan pronto como se producía una baja, era inmediatamente ocupada por el más cualificado de los candidatos.

Un día les hacen saber que, procedente de Cádiz y con dirección a Madrid, va en una galera custodiada, un cargamento de tabaco y valiosos regalos procedentes de América para el rey Fernando VII. Sabedores de que han de parar en Carmona, los esperan, a media tarde, en las inmediaciones de Mairena. En un sorprendente y rápido ataque, no sólo consiguen apoderarse de cuanto transportaban, sino que maltratan, desarman y ponen en fuga a la escolta.

Según noticias del conde Colombi, en diferentes fechas, comprendidas entre el mes de diciembre de 1812 a final del año 1815, fueron aprehendidos los siguientes bandidos, que muchos señalaron como pertenecientes a la partida de los "Siete Niños de Écija": Francisco Benavente, Antonio Gregorio López y José Lorenzo García, naturales de La Campana; José de los Reyes, natural de Fuente Palmera; Juan Antonio Martínez, de La Luisiana; Juan Pérez, de Osuna; Andrés de la

Torre, de Lucena; Miguel Rodríguez, de Los Corrales; Antonio Muñoz, de Vélez-Málaga; y Antonio Reina, de la Puebla de Los Infantes. Todos ellos terminaron en el patíbulo.

De Pablo Aroca se narra una curiosa anécdota que, con algunas variantes, vemos repetida en Jaime “el Barbudo”, y en José María el “Tempranillo”. Se sitúa por los días en que mayor era la fama de los siete bandoleros, el año 1817.

Casualmente, el capitán se entera de que un viejo molinero, encubridor de ladrones, se encuentra en un apuro. Van a embargarle su molino, por deudas, y decide ayudarle. A tal efecto, hace que uno de sus hombres se presente en casa de un rico hacendado de Osuna con la siguiente carta:

“Querido padrino: Para un negocio que me va mucho en ello, necesito que su merced entregue al dador cien onzas de oro, en la seguridad de que le serán devueltas antes de que se ponga el sol de mañana”.

Al referido, no le queda nada más que acceder. Sabe muy bien a lo que se exponen sus cortijos y ganados, si se niega. Saca el oro de una gaveta y lo pone en manos del bandido. Cumplido el encargo, éste sale al galope. Llega al molino y entrega el dinero al molinero, el cual lo recibe con muestra de gratitud. A la mañana siguiente, se presenta el juez seguido de un escribano y del alguacil para cumplir lo que la ley le ordena. Pero su señoría se ve obligado a detener el procedimiento. Moneda sobre moneda, la deuda es satisfecha, aunque a regañadientes. El molinero pide y obtiene el finiquito total.

Satisfecha, la justicia inicia el camino del regreso. De improviso, en una encrucijada, los “Siete Niños de Écija” les salen al encuentro. Se apoderan del dinero, dan de palos a los representantes de la ley y, dejándoles maltrechos, huyen. Seguidamente, Pablo Aroca envía el mismo mensajero a casa del propietario de Osuna. Y a poco éste tiene en su poder las cien onzas de oro “antes de ponerse el sol”, como se lo habían prometido.

Entre los miembros de la partida destaca la vida y motivos que le impulsaron a unirse a ella al gitano torero, José Ulloa, conocido por el apodo de “Tragabuches”.

Todo ocurre en el mes de mayo de 1814, cuando tras la lucha contra el francés, Fernando VII entra en España para ocupar el trono. El acontecimiento que supone la llega del “Deseado”, se celebra en todas las capitales con regocijo general, luminarias, arcos de triunfo y festejos. Las autoridades de Málaga organizaron varios, y entre ellos, tres corridas de toros de las cuales encargan al cordobés “Panchón”, muy apreciado entonces por el valor y la perfección con que ejecutaba todas las suertes del toreo. Le es necesario buscar un segundo espada, y entonces se acuerda de “Tragabuches”, que había sido compañero suyo en la cuadrilla de José Romero. Aunque sabe que se encuentra casi dedicado a pasar desde Gibraltar

sedas y finos tejidos, que su mujer vende por las casas de los ricos, lo invita a que lo acompañe pues admira su práctica en la suerte de recibir, y Ulloa acepta.

En seguida dispone su viaje. Envía anticipadamente su equipaje a Málaga con un arriero y dos días después, al caer la tarde, sale de Ronda. La "Nena" le despide con amorosos extremos. Satisfecho y feliz, el torero inicia su camino montando un magnífico caballo.

Ya de noche y hallándose como a tres leguas, el animal tropieza violentamente con un árbol. El brusco e inesperado choque derriba al jinete. Cuando Ulloa, maltrecho, se levanta, siente un gran dolor en el brazo izquierdo. Al intentar utilizarlo se convence de que lo tiene fracturado. Mueve la cabeza con pesadumbre. En tales condiciones no puede pensar en torear en Málaga. Al día siguiente envía recado a "Panchón". Resignado, sube de nuevo a su caballo, que no ha sufrido daño grave y, volviendo grupas, emprende el regreso a su casa.

Cuando llama a ésta son las dos de la madrugada. Espera un rato y al ver que nadie acude, insiste. El silencio continúa. Llama otra vez con igual resultado. Supone que el profundo sueño de su mujer le impide oírle y, no conforme con pasar al sereno lo que queda de noche, intenta con trabajo forzar el postigo de entrada. De pronto, se detiene. Oye una voz, luego el correr de un cerrojo y al fin aparece la "Nena" alumbrando con un candil. Al ver ante sí al que creía camino de Málaga, queda un instante inmóvil, paralizada por la sorpresa. Sólo acierta a balbucear torpemente unas palabras. Su rostro refleja tal impresión de terror que Ulloa la mira extrañado. De pronto, una atroz sospecha se adueña de su ánimo. La siente crecer avasalladora. Una oleada de sangre le anega el pecho. Y golpeándole violentamente su enamorado corazón, la explosión de los celos adquiere en él salvajes proporciones.

Aparta a la "Nena" de un enérgico empujón. Cegado por la ira recorre los dos pisos de la casa registrándola hasta sus más ocultos rincones, mientras su mujer, caída sobre una silla, lloraba amargamente. Los muebles ruedan a su paso. Arranca las cortinas y remueve los armarios y alacenas. Cuando al cabo de un rato se convence de que no hay nadie, queda un momento jadeando, plantado en medio de la sala. Todo su cuerpo tiembla. Entonces, vuelve a sentir el dolor del brazo herido y, como si quisiera acallararlo, se lo atenaza con la otra mano. Al cabo, fija los ojos desorbitados y feroces en la "Nena" que, recogida en sí misma, con la cabeza hundida sobre el pecho, sigue llorando. La mirada de "Tragabuches" se dulcifica. Piensa que ha sido injusto al dudar de su cariño. Siente remordimiento de haberse conducido brutalmente y se muestra inclinado a solicitar su perdón. La inmensa pasión que le inspira le mueve a ello. Trata de dirigirle unas palabras cariñosas, pero el sonido no le sale de los labios. La terrible tensión nerviosa que aún le domina ha dejado seca su boca. Una sed devoradora le abrasa.

Deseoso de aplacarla, se dirige a una tinaja que hay en la cocina. Al destaparla para coger agua con la caldereta, surge de la boca del recipiente la cabeza de Pepe "el Listillo". Al punto le reconoce, es el acólito de la parroquia inmediata. Para huir del esposo burlado, ha buscado un refugio en tan extraordinario e insospechado lugar.

Lleno de furiosa indignación y ya con el cabal convencimiento de su desgracia, "Tragabuches" sujeta con la mano del brazo herido al muchacho por los cabellos, saca de entre la faja su navaja, la abre con los dientes y, ciego le hunde la hoja en la garganta, una y otra vez. El desdichado queda sin vida, con la cabeza tronchada sobre el borde de la tinaja. A continuación, corre en busca de la "Nena"; ella, al verle venir amenazador, quiere gritar. Sólo puede emitir un sonido ahogado. Pegada a la pared, sabe que nada podrá salvarla. Sin pronunciar palabra alguna "Tragabuches" la coge por la cintura, lanza un bramido, al tiempo que intenta levantarla con su brazo útil y, al fin, en un desesperado esfuerzo, consigue arrojarla a la calle por el balcón. El golpe contra el suelo produce a la mujer la muerte instantánea.

José Ulloa sabe lo que le espera, pena de la horca. Abandona Ronda, corriéndose la voz de que se ha incorporado a la partida de los "Siete Niños de Écija".

Finalizo esta comunicación con la historia de otro célebre capitán de la partida, "Juan Palomo". A comienzos del año 1818, aparecen de nuevo los "Siete Niños de Écija". Su capitán se llama Diego Padilla, pero todos le conocen como "Juan Palomo", como el resto de los bandoleros. Sobre él se cuentan innumerables historias, de entre ellas, destaco la siguiente:

La marquesa de Lora de la Vega sólo vivía dedicada al cuidado de sus hijos. Pero siente amenazada su tranquilidad por la constante presencia del influyente barón de Arce que desea alcanzar por medio de cualquier artimaña la mano de su hija y con ello, su fortuna. El barón para obligar a la madre hace secuestrar a su hijo. La marquesa, afligida, sólo sueña con rescatarle a cualquier precio. Agotados todos sus medios, piensa, como último, en acudir a los "Siete Niños de Écija". Únicamente ellos pueden lograr lo que la justicia no alcanza.

Pregunta dónde podría encontrarles y le indican, como posible, el cortijo de "los Aparecidos". Hacia él se dirige sola, montando en una jaca. Encuentra a un miembro de la partida, que ante sus argumentos, la conduce ante "Juan Palomo". Explica a éste lo que le ocurre y promete entregarse toda su fortuna a cambio de la libertad de su hijo y castigo del barón. Enseguida el capitán traza un plan. La marquesa permanecerá hasta el día siguiente en el cortijo. Le hace ver la conveniencia de escribir una carta al barón de Arce, fingiendo que se encuentra secuestrada. Éste deberá traer una importante cantidad de dinero para comprar su libertad, tras lo cual ella accederá a que se case con su hija. Lleva el documento uno de la partida y el barón cae en la trampa. Al día siguiente, acude a casa de la marquesa,

comprueba que ella falta y, ateniéndose a la carta, toma la suma pedida y acude al lugar convenido. Allí es sorprendido por “los Siete Niños de Écija”, que le obligan a que diga el lugar donde tiene secuestrado al muchacho y le roban el dinero que traía para el rescate. Horas después, la marquesa regresa a su casa escoltada por los bandoleros. Allí le esperaba su hijo. Al mismo tiempo, el resto de la partida conducen al barón a una cueva llamada “el Nido del Águila”, donde le ejecutan.

Durante sus correrías por los caminos, uno de los lugares que con más frecuencia visita “Juan Palomo” es el pueblo de Quejigales. Y no porque en él encuentre nada notable, sino porque allí vive una moza de muy bien ver se llama María Francisca, hija de Pedro Caracol “el Greñudo”, que se gana la vida como tratante de ganados. La hermosa joven ha oído hablar de “Juan Palomo”, pero cuando lo ve de cerca, su generosidad y gallardía, y su atractivo son prendas suficientes para enamorarla. Impulsada por su amor, María Francisca huye con el bandolero a la sierra, un día que su padre se encontraba en viaje de negocios.

Cuando “el Greñudo” vuelve a su casa extraña la ausencia de su hija. Ninguno de los vecinos sabe darle razón de a dónde puede haberse ido, lleno de inquietud sale en su busca. Unos pastores le informan y recomiendan que no se aleje mucho de Quejigales porque le advierten de la presencia de lobos. Sin hacer caso de sus consejos, Pedro sigue la búsqueda de su hija, a quien juzga muerta por las fieras. Al cabo de unas horas, un vecino que regresa del campo, le dice que había visto a María Francisca sana y salva. La llevaba a caballo el capitán de “los Siete Niños de Écija”. El “Greñudo”, ciego de coraje, vuelve al pueblo y organiza un grupo armado para combatir a los bandidos y recobrar a su hija.

Mientras tanto “Juan Palomo” se presenta con la joven en Fuente la Lancha. Le siguen “Tragabuches” y don Juan Velázquez. Va a casa del alcalde y, con la violencia de sus razones, hace que éste les acompañe a la iglesia. Una vez allí, busca al cura y “Juan Palomo” le obliga a que, ante la presencia de los demás, celebre su matrimonio con María Francisca.

Seguidamente la autoridad municipal, que tiene fama de ser uno de los cómplices de la partida, obsequia al nuevo matrimonio y a los invitados con una comida. Y es durante ella, cuando se planea el famoso robo de La Luisiana, que según parece fue como consecuencia de una apuesta. Se relatan aventuras, se hablan de caballos, de dinero, de la forma de obtenerlo y también de fincas. Al hacer el repaso de las más importantes de la región, “Juan Palomo” propone al alcalde la compra de su cortijo “el Espinar”, por el que hace tiempo estaba encaprichado. Tiene todo lo que desea, cereales, viñas, ganadería, olivares y una buena casa de labor. Tras mucho discutir acuerdan el precio de la venta en la cantidad de trescientos setenta mil reales, con una condición impuesta por “Juan Palomo”. Ella era, que dentro de dos días pasaría, procedente de Cádiz, un convoy con destino a la Real Hacienda. Es portador de mucho dinero: veinte mil onzas de oro mejicanas. El bandido se compromete a robarlo, Si lo logra, la finca será suya por el precio indicado. Si fra-

casa la venta queda anulada y autorizaría al alcalde para carbonera la finca “Los Aparecidos”, hasta la cantidad de dos mil quinientos quintales.

El día fijado llega a la posada real de La Luisiana, una de las nuevas poblaciones fundadas por Carlos III para servir de refugio a los viajeros contra los bandidos. Todo estaba preparado para recibir a la expedición. El tío “Carabinas”, que rige la posada, cuida los detalles dando órdenes a los sirvientes y mozos de cuadra. Casi al mismo tiempo se acercan dos muleros pidiendo alojamiento. Al no disponer de éste, el posadero accede a proporcionarles algún alimento y permitirles que encierren sus caballerías.

A la hora señalada hace su aparición el convoy que entra al amplio patio de la posada. Acuden solícitos los criados, pero los soldados les impiden acercarse. Desenganchan las caballerías y montan guardia en torno al carro que conduce el dinero, de cuyo interior no se mueve un empleado de la Real Hacienda, y el resto de la tropa se retira a las habitaciones dispuestas para ellos.



*Carlos III entregando tierras a los colonos.
Óleo de J.A. Rivero de Madrid*

Poco después, una de las mozas de cántaro anuncia que la cena está servida. La cocina de la posada, con un buen fuego ardiendo en la chimenea y sus candilones pendientes del techo, se llena de bullicio. Toman asiento junto a las mesas, casi mezclados con los soldados, los viajeros de una diligencia llegada poco antes y que partirán al amanecer. Mientras dura el yantar, la vigilancia del carro no se descuida. Por dos veces es relevada la guardia. Poco a poco, ésta languidece. Un gran sopor se va adueñando de los huéspedes, sus palabras mueren desmayadas al tiempo que los párpados se les cierran pesados. Una hora después, todos los que están en la cocina duermen. Duermen también los viajeros, el oficial que manda la tropa y los soldados que custodiaban el carro. El empleado que velaba dentro del carro también se ha rendido, recostado contra las cajas que contienen el oro. El narcótico preparado con la complicidad del tío “Carabinas” ha hecho efecto.

Llega entonces para los “Siete Niños de Écija” el momento de actuar. Por una brecha abierta en el muro entran los muleros que pidieron alojamiento, tras ellos, el resto de la partida. Sin oposición, despojan a los viajeros de cuantos objetos llevan de valor. Luego trasladan las cajas con las veinte mil onzas a unos mulos que aguardaban en una calle próxima. Momentos después abandonan tranquilamente La Luisiana, sin migueletes ni escopeteros que le sigan sus pasos.

Asegura la leyenda que después de esta sonada hazaña, y a buen recaudo el botín, “Juan Palomo” lleva a María Francisca a un lugar seguro, el cortijo “El Jabato”. La deja al cuidado de una mujer y la visita diariamente.

Pero los “Siete Niños de Écija”, afortunadamente para los regidores y habitantes de estas tierras, desaparecen a finales del año 1818, con la captura de la mayoría de sus bandoleros.



**Ilustre. Asociación Provincial Cordobesa
de Cronistas Oficiales**

